

EL MOTÍN

Año XL

Madrid, Domingo 11 de Enero de 1920

Número 2.

EL MOTÍN PERIÓDICO SEMANAL SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

GALDOS

Murió el 4 del actual.

El trabajo fué su virtud, la patria su amor, la libertad su culto.

Me asocio á cuantos homenajes se le han tributado al morir y encuentro justificadas todas las alabanzas que la grandiosa obra humanitaria, cultural y artística realizada por escritor tan portentoso ha inspirado á sus contemporáneos; alabanzas que las generaciones venideras juzgarán escasas todavía.

JOSE NAKENS

Galdós en la cárcel

«Un cajista de imprenta—y el lector sabe que tal es la profesión de quien—suscribe—debería narrar algo relativo á Galdós y á las artes del libro; no puede hacerlo porque jamás tuvo el altísimo honor de componer originales del hombre augusto, ni de corregir sus pruebas.

Por los libros de Galdós andan un cajista de imprenta accidental y un maestro litógrafo...

Eran los comienzos de Mayo del año 1908. Dirgía el ilustre Salillas la Cárcel Modelo de Madrid, que á la sazón se honraba albergando como delinquentes al gran Nakens y al homónimo D. Roberto Castroviro. El que firma cumplía condena por delito que no había cometido.

Galdós entró un día á visitar á Castroviro y á Nakens, y quiso ver las celdas en que estos dos hombres sufrían encierro.

Castroviro ocupaba la celda 998—creo de la galería quinta del correccional—, y en esta misma galería estaba la celda ocupada por un habilísimo falsificador, huésped antiguo de las cárceles del reino, hombre cultísimo y de instrucción tan vasta, que escribía en latín, en francés y en inglés.

Estábamos Galdós, Nakens, Salillas, Castroviro y yo en la celda, cuando el director de *El País*, siempre humano y generoso, c.n. la venía del «directory», quiso dar un momento de alegría al delincuente.

Llamó Salillas al falsificador, hizo Castroviro la presentación, y el hombre que había rodado por todas las cárceles del reino, llana y cortialmente acogido por don Benito Pérez Galdós, le besó la mano acongrajado, mojándosela con lágrimas y balbuciendo un «¡No puedo hablar!», marchó sollozando á su celda, acaso para dar curso á su llanto y á su emoción, dejándonos á los cuatro emocionados, singularmente á Galdós.

Los demás presos vieron conmovidos al grande hombre, y de seguro aquel día se sintieron mejores y como redimidos...

J. J. MORATO

Hoy.

OTRO ATENTADO

A las diez menos cuarto de la noche del 6, en la calle Baja de San Pedro (Barcelona), al pasar un automóvil fué tiroteado por varios grupos, que se dieron después á la fuga.

En el automóvil iban el Presidente de la Federación Patronal, Sr. Graupera, el patrono pintor decorador don Modesto Batlle, los agentes de vigilancia D. Ricardo San Germán y el señor Salgado.

Resultaron heridos de gravedad los cinco, habiendo muerto en la madrugada del 7 el Sr. San Germán, siendo el estado del «chauffeur» desesperado.

Iba á condenar con las frases más duras ese crimen, cuando me advertieron que pasaba el entierro de un niño, el tercero que en menos de media hora desfilaba por aquí, todos acompañados por obreros; y al pensar que tal vez aquellos niños hubieran muerto de hambre y frío por faltarles trabajo á sus padres, vino á mi memoria la injusticia con que se ha declarado el lock-out en Madrid, y dejé para otra ocasión el proseguir dictando el comentario condenatorio que me inspira ese crimen de Barcelona.

PEDRO MAYORAL

Ha muerto este hombre que permaneció tantos años prestando sus servicios en *EL MOTÍN* y que fué para mí leal amigo. La penosa enfermedad que venía padeciendo hace tiempo, no logró imponerse á su voluntad en nada de lo que se relacionase con el deseo de acabar sus días á mi lado.

Unas tres semanas antes de su muerte creyó, cosa frecuente en los que acaban, que en el Hospital de la Princesa, donde le hicieron una operación hace unos veinte años, recibiría la salud, y previa consulta con

el afamado médico que lo asistía, don R. Antolín Becerro de Bengoa, que hace años me asiste, fué trasladado á él para no quitarle esa consoladora aunque infundada esperanza. Y en él ha terminado sus días, siendo enterrado en el Cementerio Civil.

Mi agradecimiento á cuantos amigos concurrieron á su entierro.

José Solares, inteligente y activo empadado que lleva once años en esta casa, ha tenido la desgracia de perder á su señora madre, doña Ramona Caballero, el día 4 del corriente.

El sabé que tomo parte en su aflicción.

Una incorrección

Renuncio á celebrar la rifa de mi retrato por esta causa: la mayor parte de los pocos que me han pedido tarjetas me anuncian que se lo regalarán á mi hija si les toca.

En vista de esto, el sábado, 10, serán devueltas por Giro postal las cantidades recibidas por este concepto. Es posible que por falta de tiempo para registrar antecedentes, deje de devolverse en ese día alguna pequeña cantidad. Estimaré como favor que me lo advierta el amigo que la enviara.

Sé que no es correcto lo que hago, que debía, una vez anunciada la rifa, celebrarla aunque sólo hubiera colocado dos tarjetas; pero he preferido obrar del modo que lo he hecho, á rifar mi retrato habiéndome anunciado que me sería devuelto.

Doy las gracias á todos y sirvanse perdonarme esta incorrección.

Advertencia

Por causas diversas, todas desagradables, no he tenido tiempo ni tranquilidad para ocuparme en este número de los sucesos de actualidad, y se me ha impuesto la necesidad de llenarlo con trabajos míos de épocas anteriores.

Mis lectores, siempre benévolo conmigo, me perdonarán este abuso en que no ha tomado parte alguna mi voluntad.

He elegido trabajos que hagan sonreír para que no resulte por completo este número una perifrasis del morir habemos!

Propaganda infernal

Pervirtiéndose por las teorías materialistas, he negado en muchas ocasiones la existencia del alma; mas hoy, al enterarme de que la tienen hasta los violines, empiezo a sospechar que no debo caerme de ella, y, por consiguiente, a preocuparme del destino que aguarda a la pobrecilla cuando de este mi pecador cuerpo se aparte.

Después de meditarlo mucho y pesar detenidamente el pro y el contra de la residencia en el Cielo, el Purgatorio y el Infierno, únicos lugares que me es permitido elegir, he resuelto, y para obligarme al cumplimiento lo hago público, tomar el camino del Infierno inmediatamente que exhale el último suspiro, sin atender a ruegos, promesas ni respuestas.

¡Por qué? Por lo siguiente.

La vida en el Cielo, a creer lo que por ahí se susurra, debe ser dulce, tranquila, pero monótona; y como me conozco, y sé que para mí no hay situación buena como se prolongue mucho, sospecho que me aburriría de lo lindo; y, francamente, no quiero exponerme a padecer de bienaventuranza eterna. Por otra parte, las personas que veo por aquí con probabilidades de ir al Cielo, antes me desaniman que me incitan, pues la que no es tonta es idiota; y esto de vivir a su lado una eternidad (una eternidad! ¡horror!), es para poner los pelos de punta al más valiente.

Del Purgatorio no hablemos: en primer lugar porque espero morir pobre, y no habrá para mí sufragios ni oraciones más que en montón, y ya sabemos que un padre nuestro recitado á regañadientes no es divisible entre diez ó doce millones de almas que habrá allí de temporada, por término medio; y en segundo por tener constantemente en perspectiva el viaje al Cielo, adonde ya he dicho que no quiero ir.

Y vamos ahora al Infierno. O no se puede uno fiar ya ni de la camisa que lleva puesta, ó hay que admitir que Luzbel es enemigo declarado de Dios, irreconciliable, eterno, y que todo cuanto piense y haga se enderezará á echar abajo los planes del que lo arrojó del Cielo, burlar sus propósitos es impedir por todos los medios que su voluntad se cumpla.

Así lo vemos penetrar en los santos albergues de las esposas de Cristo, para infundirles deseos pecaminosos y realidades de bulto, y en los conventos de frailes para turbar sus castos sueños con visiones femeninas; complaciéndose unas veces en la prevaricación de papas, cardenales, obispos y tonsurados de menor cuantía, á quienes Dios favorece y distingue, y otras en la caída de reyes y emperadores en cuyas manos colocó el cetro de la prudencia y la espada de la fortaleza.

No reprocho su conducta, sino que la elogio y encarezco por ser la de un enemigo franco y leal, que ni pide tregua, ni solicita gracia, ni cede en su empeño de colocarse á la altura del odio que inspira; pero, dada su situación, lo lógico y natural es que el diablo no martirice á los que vayan al Infierno por haberle rendido culto en la tierra, sino que los mime y considere. ¡No es voluntad de Dios que sufran y padezcan? Pues él, so pena de no ser lo que se nos dice, tiene que despreciarse porque gocen y se divierten, chasqueando de esa manera al Creador.

Y si esto no tiene vuelta de hoja, ¡quién habrá tan inocente que procure ir al Cielo, frío y frío como todo lo perfecto, ofreciendo el Infierno tales ventajas, sin con-

tar con que allí se reúne la *creme*, la *high life* de este planeta?

Allí presbíteros de todas las especies y categorías, gente alegre y revoltosa por lo mismo que vivió aquí ahogada bajo el antifaz de la virtud; morjas livianas por desquite y beatas lubricas por temperamento; comediantes, músicos y poetas, sacerdotes del placer; ricos que no se cuidaron de averiguar si se puede ó no pasar por el ojo de una aguja; en fin, todo lo más ilustrado y selecto de este pícaro mundo.

¡Sin banquetes por todo lo alto y fiestas por todo lo bajo que habrá allí, y bailes y jaleos! ¡Y sin representantes dignos que tendrán los siete pecados capitales, pican en la rosa salsa de la existencia!

Una hora no se parecerá á otra, y los minutos se contarán por las sensaciones, pues cada uno traerá una nueva. Y todo esto, luz, movimiento, pasión, vida... inabarcable, infinito...

Estoy por suicidarme para ir cuanto antes á disfrutar de esos placeres.

Aunque no, me quedaré aquí hasta que Dios quiera, ayudando á hacer propaganda en favor del Infierno á frailes, curas y beatas.

¡Pobrecitos!

Los que niegan que los curas trabajan no se han fijado en las cosas que hacen al decir misa.

El celebrante se santigua con el signo de la cruz 16 veces; 6 se vuelve hacia el pueblo; 8 besa el altar; alza su vista al cielo 11 veces; 24 junta las manos; 10 se golpea el pecho; debe hacer 10 genuflexiones, inclinar la cabeza 21 vez, 7 ligeramente los hombros y 8 muy profundamente.

Bendice el altar 31 vez, 29 extiende las manos sobre él, 7 las pone juntas sobre el borde, 9 coloca encima la mano izquierda y 11 se pone él en el pecho.

Levanta ambas manos al cielo 8 veces; 10 cubre y descubre el cáliz, y 20 va de un lado á otro. Ora 14 veces con las manos extendidas y 36 con ellas juntas. Finalmente, ora secretamente 11 veces y 8 en voz alta.

Además de estas trescientas y pico de operaciones, perpetúa otras 150 ceremonias; cerca de quinientas en total. Ha de recordar también cuatrocientas rúbricas ó reglas; de modo que, si sumamos éstas con las ceremonias, el sacerdote que celebra la misa conforme al rito latino de la iglesia Romana, hace unas novecientas operaciones, ninguna de las cuales puede omitir bajo pena de pecado, por lo menos verbal.

Si el tiempo que se gasta en decir misa, que la mayoría de los fieles no entienden, lo empleara el cura en lavarse, no sería el tormento de los olfatos delicados, como hoy lo es.

Advertencia. Conste que todos esos datos los he tomado de un periódico que entiende de esas cosas.

Si hay error, al á él.

CAMPANEO

Un ingenioso fraile (*rara avis*) decía á sus devotos:

«Me preguntáis cómo se entra en el Paraíso? Pues, qué, ¿no os lo dicen las campanas del monasterio? Oídlas: ¡dan, dan, dan!»

Y tenía razón. Únicamente dando se puede alcanzar la salvación eterna. Dando

se entra en la Iglesia, es decir, en la comunidad de los fieles.

Por unos cuantos ochavos le leen á cualquiera enamorada para la carta de San Pablo, que fué precisamente el apóstol más enemigo de que el altar se convirtiese en taquilla de mercader.

A tanto por barba se ajustaban las misas, y, finalmente, si cualquier cristiano quiere que le entonen gorgoritos póstumos, debe satisfacer con anticipación los correspondientes honorarios.

Por eso la campana, ese instrumento concavo (que los señores académicos definen diciendo que es una copa boca abajo) es el símbolo de la codicia de los curas, como ella pesados, y escandaloso como ella.

Quien se haya visto postrado en cama víctima de la fiebre, angustiado, triste, sin poder conciliar el sueño por el ruido del campanario, pudiera explicarnos el efecto que producen en un cerebro calenturiento las vibraciones de la copa boca abajo.

También pudiera decirnoslo el obrero que, fatigado de trabajo, yace en el fondo de su destaralada buhardilla, sin lumbre en el hogar, sin pan en la mesa, pálido y hambrientos sus hijos, en tanto que las campanas de la parroquia le anuncian el júbilo de los curas porque aquel día, con cuatro frases latinas dichas á regañadientes, han recogido en una hora diez veces más dinero del que él desearía cobrar después de una semana de impropio é inhumano trabajo.

¡Ah! ¡La campana! ¡Con cuánta satisfacción debe oírse un sacerdote, sentado ante una mesa bien provista, lleno de buen vino el vaso, y acariciado por las sonrientes miradas del ama!

El desatareado fraile, la inactiva religiosa, el desocupado obispo, ¡con cuánto placer, con qué infame dicha oírán el tañido de la campana, especie de pregón que atrae al templo las conciencias y los bolsillos!

El número de campanarios de una ciudad es el termómetro que, en razón inversa, señala los grados de cultura de sus habitantes.

Cuando en una localidad contéis por centenares las chimeneas de las fábricas, decid sin vacilar: «Este es un pueblo que trabaja y produce.»

Cuando, por el contrario, veáis por docenas las torres de las iglesias, no vaciléis en afirmar que allí se albergan la ignorancia y el ocio, las pasiones más repugnantes, los vicios en su mayor ó senfreno, todo cuanto envilece, todo cuanto encanalla, todo cuanto arrastra la Humanidad por el fango...

De Roma á Londres, como de Barcelona á Compostela, hay un abismo.

Tiempos y tiempos

Leo en un periódico católico, que á San Antonio lo escuchaban silenciosos los peces.

¡Pero, Dios mío! ¡Lo que han variado los peces desde entonces!

Ahora, cuando cualquiera les habla arman una algarabía, que nadie se entiende. Como que algunos hasta se ponen roncós; mientras los que nadaban en vida del santo bendito, se hicieron célebres por su silencio... No se proponaban ni á decir: «¡esta boca es mía!»

¡To'o lo cambia el tiempo, todo lo trastueca!... Ayer los peces eran prudentes.

tes, callados... Hoy son impulsivos, charlatanes...

¿Qué más? Los pobres pescadores se ven negros para convencerlos de que deben dejarse atrapar con resignación cristiana. En cuanto echan la red ya están todos ¡hasta las sardinias! ¡hasta los boquerones! gritando como energúmenos. ¡Bienaventurados los sordos!

¿Quién tiene la culpa de que los peces hayan variado de ese modo? ¿Quién ha de ser, sino la pícara masonería, el infame liberalismo, la mala prensa, EL MOTIN en primer término?

Hacen muy bien los católicos en tronar contra su maldecida influencia, que ha llegado hasta pervertir a los peces, aquellos peces tan callados y tan religiosos que no se atrevían a decir una palabra más alta que otra cuando San Antonio les predicaba.

Ni cuando no les predicaba tampoco. ¡Buenos peces estaban aquellos!

Escrúpulos de monja

Fué á confesarse una monja, desembuchó unos cuantos pecadillos, y comenzó á temblar, ruborizarse, sollozar...

El confesor la animaba, por dándole lo grande de la misericordia divina, diciéndole que el sacramento de la penitencia sirve de Jordán purificador, y esas otras cosas que han inventado los del oficio para atraer parroquia.

Pero la monja, nada; cada vez más confusa, más melrosa, llorando más... Por fin se desmayó, y hubo que conducirla á su celda.

A los tres días arrodillóse nuevamente ante el confesorario, y se repitió la escena punto por punto. El confesor comenzó á pensar en un crimen horrendo, un pecado irredimible... Algo así como un infanticidio.

A la tercera vez, y después de confortarla y consolarla de antemano, y de muchos suspiros por parte de ella, y muchas lágrimas, y su poquito de síncope, confesó...

(Aquí de mis apuros. ¿Cómo lo diré?... ¡Cielos!... ¡Qué compromiso! El caso es que... Mas allá voy; no sé d'ga de mis escrúpulos lo que de los de ella.)

Confesó que un viernes santo había utilizado en operación muy natural y corriente aunque mal oliente (la misma á que yo destino los periódicos clericales) un pedazo de papel que había envuelto... manteca.

El cráneo de San Martín

Con el cura de un lugar y delante del altar de las reliquias, sostuvo este diálogo, que tuvo el capricho de apuntar:

—Vamos, padre Bilari, ya que es usted tan amable, vaya encañondome á mí lo más famoso y notable que tenga usted por aquí.

—Con mucho gusto. ¡A aquel lado ve usted una caja que brilla! Pues allí tengo encerrado un pelo de la perilla de San Pedro Regalado.

En este nicho de enfrente se conserva en aguardiente desde el año ciento tres,

un kilo próximamente de carne de San Andrés.

—¿Y que hay en ese otro lado?

—¿Dónde? ¡En aquel cajoncito? Un decímetro cuadrado del pellejo chamuscado de San Lorenzo bendito.

Debajo, y en gran estima tengo hiel de San Simplicio; en el arca que hay encima está la muela del juicio de Santa Rosa de Lima; y en la caja de metal que hay en el rincón aquel, la nariz de San Marcial.

—¿Y dentro de aquel fanal?

—Los nervios de San Miguel

Y dando al relato fin, me dijo: —Aquí está guardado el cráneo de San Martín, el mártir más afamado que adoramos en latín.

—¿De San Martín? ¡Por favor! ¡Mente usted que es un primor! le dije con arrogancia:

¿No está San Martín en Francia sepultado? —Sí, señor.

Pues siendo así, le repito que tal simpleza no admito.

—Usted es quien dice simplezas.

—Entonces ¡cántas cabezas gastaba el santo bendito?

—Ea que usted no está enterado.

Fué este arañeo sucio y ruin, del maestro d'echado

que hubo en la escuela, llamado Crisanto de San Martín.

No miento, pues, en rigor, y hago á la iglesia un favor;

sobre que el tal don Crisanto ¡le ganarán á santo,

pero á mártir... no, señor!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

Sección de milagros

«En el año 1660, día 9 de Agosto, en el lugar de Garavalla del marquésado de Moya, día como hoy estaban acarreado mieses con un carro de bueyes, y habiéndolos apartado de la herá un poco mientados componían los haces, comenzaron á caminar, y en vez de ir por una parte, ciegamente echaron por otra, de suerte que vinieron á puesto de un despensadero que tenía más de ochenta palmos de alto. La gente que estaba en las heras, viéndolos entrar en el despensadero, daban voces: «Virgen de Texeda, detenido carro y bueyes, que van á pique y no hay quien los socorra.» No fué este el mayor peligro; acudieron á toda prisa de travesía á ver si podrían detener los bueyes, cuando ellos no se podían tener en el pelado de las peñas, y al llegar los hombres, se encimaba el carro, no á un lado, sino por encima de los bueyes, quedando éstos hacia arriba, y el carro desfilándose por abajo, y fué mucho que su peso no llevase tras sí los bueyes, por no tener donde estibar; pero lo prodigioso del caso estuvo en que tres hombres, que habían acudido por ver si podrían remediar algo, estando en derredura del carro, y viniéndose éste sobre ellos á ninguno de los tres maltrató, siéndole preciso para esto que los bueyes hincasen las rodillas en parte, donde por lo empuinado era naturalmente imposible, como con todo efecto se sustentaron así arrodillados, hasta que vine más gente, y cortaron las coyundas, con lo cual dió el carro en un profundo valle, librándose así la

gente, como los bueyes, cosa que lo atribuyeron todos á milagro patente de Nuestra Señora de Texeda, á quien fervorosamente habían invocado.»

Los animales intervinieron á menu-do en los asuntos del Cristianismo, desde que la mula y el buey tuvieron el alto honor de presenciar el nacimiento de Jesús. Por esta razón encuentro perfectamente lógico y explicable ese milagro, realizado en favor de unos bueyes.

Lo legal y lo justo

Un panadero se hallaba solo en su tienda en Londres, y fué invitado por un amigo á tomar unas copas en la taberna de enfrente; aceptó, porque desde allí podía vigilar su establecimiento.

A los pocos minutos observó que un hombre andrajoso, después de pasar y repasar varias veces por delante de la taberna, entró en ella y salió á escape luego, ocultando entre sus harapos un pan de cuatro libras.

El panadero y su amigo corrieron tras él, logrando detenerle con ayuda de un policeman. Al otro día comparecieron todos ante el juez.

El ladrón, Smith Adams, estaba confeso y los testigos declaraban lo ocurrido. El juez juzgó Hawkins preguntó al policeman si había tomado informes del preso.

—Es un buen hombre—contestó—que jamás ha sufrido la menor condena y siempre ha trabajado con ardor; se le cita como un modelo de buena conducta. Con su trabajo sostiene á su madre, su mujer, una hermana menor y una hija de tres años. Hace seis meses quebó su patrón y se quedó sin trabajo; lo ha buscado inútilmente y ha empeñado cuanto tenía. Ni ayer ni anteayer comió su familia.

—¿Está usted seguro de todo eso?

—¡Segurísimo! Además, aquí están sus vecinos á para declarar en favor suyo.

Entonces el juez pronunció este fallo:—El detenido está absuelto.—Y volviendo á él, añadió:

—Smith Adams: es indudable que habéis robado, y el robo es un delito, ya se trate de un pedazo de pan, ya de un reloj de oro. Para la ley no ha diferencia. Atendiéndolo sólo á mi deber de magistrado, habiendo sido raponeos la pena de prisión. Pero como la ley es muchas veces cega y brutal, he preferido oír mi conciencia de hombre y absolveros. Ahora me resta obedecer á mi conciencia de cristiano, y hé aquí lo que me manda.

El juez pidió su sombrero, y echando en él media libra esterlina, ord' nó al ujier que lo presentara á los abogados, á los procuradores y á la concurrencia. La colecta improvisada produjo más de cinco libras, que fueron entregadas á Smith Adams, que, atontado por la sorpresa y la alegría, salió corriendo en busca de su madre, su mujer, su hermana y su hija.

—Que venga el panadero—dijo luego el juez.

El robo lo se apresuró á subir al sitio de los testigos, pero á una señal del juez, un policeman lo empujó hacia el banquillo de los acusados.

—Detenido—le dijo—no habéis vacilado en lanzar á la cárcel á un hombre que os había cogido un pan, aunque su aspecto miserable os decía su espantosa situación. Lo habéis expuesto á una condena

por ladrón y á verse deshonrado para siempre, porque el derecho estaba de vuestra parte. Lo estaba, sí; pero os faltaba la justicia; carecáis de humanidad. A pesar de todo yo habría usado de indulgencia con vos, si hace un momento, cuando todos se llevaban la mano al bolsillo para socorrer á ese infeliz no hubiese visto que dejabais pasar el sombrero sin echar nada. No habéis tenido piedad del que tenía hambre; no la tendré yo de vos. Todo comerciante que deja sola su tienda, es condenado á un día de cárcel por una ley de la reina Isabel, en vista de que el abandonando excitaba los hambrientos la tentación. Aplicando esta ley, os condeno á un día de prisión y al pago de las costas. ¡Que aprendan con esta sentencia los que no tienen corazón!

Por este fallo, mientras el ladrón daba de comer á su familia, el robato ingresaba en la cárcel, dudando de la justicia de los hombres y vituperando á la reina Isabel. Con jueces cual ese de Londres, la ley sería la servidora de la justicia, en lugar de lo que en ocasiones suele ser ahora: su enemiga.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Eriquer Allepuz. Huelva, 2; pesetas. Isaac García Garrido, Valencia de don Juan, 9; Bernardo Gal Irún, 5; Julio Valdés, 3; Angel Fernandez, 3; Angel Carballo, 2; (todos de S. to del Barco). Un amigo de Madrid, 5; Un admirador, 2; Agustín Urbina, 1; Emilio Arroyo, 1; Valentin Díez, 1; Félix González, 1; (todos de Portugal). Juan Cabrera, Olvera, 1; Rosario Rodríguez Arbez y otras admiradoras de EL MOTIN, Gijón, 20.

Tirso Gómez, Cáceres, 2; pesetas. Tomás Marcos, Fuente de San Esteban, 1; Santos Pellitero, Posada de Valdeón, 1; José Bullori, Barcelona, 3; Amador S. Rivero, Peñaranda Bracamonte, 4; José María Palenzuela, Guadix, 4; Francisco Gómez Villarino, San Codo, 3; Federico Soto, Villafranca del Bierzo, 7'50; Pedro Verdager, Santa Coloma de Farnés, 6; Fabián Palasi, Barcelona, 2; Antonio Meléndez, Constantina, 10; M. to Barrios, Armunia, 1; Antonio G. gori Badajoz, 4; Hilario Martínez, La Vid, 4; Pedro Achirica, Valladolid, 10; José Mayr, Villarejo de Savanes, 5; Logia Redención núm. 2, Barcelona, 50; Logia Adelante núm. 8, Barcelona, 50; José Pauls, Barcelona, 5.

Correspondencia Administrativa

Barcelona.—Fernando Urizar. Renovada su suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Fonsagrada.—Enrique Pérez. Idem hasta fin Diciembre 1920.

Huelva.—Francisco Moreno. Idem hasta 31 Diciembre 1918.

Minas Sotiel Coronada.—Juan Sánchez. Conforme con su carta y se le sirven 20 ejemplares desde 1.º Enero.

San Sebastián.—Eugenio I. Cortázar. Conforme con su carta. Gracias.

Morata de Tajuña.—Pompilio Pérez. Se pasa recibo por su suscripción del año 1920.

Peñaflor.—Antonio Usero. Renovada su suscripción hasta fin Marzo 1920.

Cáceres.—Tirso Gómez. Renovada su suscripción hasta fin Junio 1920.

Cádiz.—Antonio G. l. Hecha la renovación hasta fin Diciembre 1920.

Fuentes de San Esteban.—Temás Marcos. Idem id. hasta fin Diciembre 1920.

Alcira.—Bautista Mesado. Idem id. á fin Diciembre 1920.

Espinosa de los Monteros.—Bonacio Rlojo. Idem id. hasta fin Diciembre 1920.

Andujar.—Juan Palomares. Idem id. á fin Diciembre 1920.

Málaga.—Rafael Montañez. Según sus deseos queda renovada la suscripción hasta fin Junio 1920.

Pamplona.—Julio Maestroaren. Renovada suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Trubia.—Fautino del Río. Renovada su suscripción y la del Sr. Armengol hasta fin Diciembre 1920, y se le envían los libros que pide.

Peñaranda Bracamonte.—Amador Sánchez Rivero. Abonada su suscripción desde 1.º Diciembre 1918 á fin Noviembre 1919.

Piedrahita.—Jesús. Pa heco Recibidos su Giro de 30 pesetas que se distribuye como desea. Digame si recibió folletos.

El Tiemblo.—Abonada su suscripción hasta fin Noviembre 1920.

Valencia de Alcántara.—Pedro Carballo. Recibidas las 5 pesetas del mes de Diciembre.

Huelva.—Guillermo Moreno. Renovada suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Córces.—José Castillo. Idem id. hasta fin Mayo 1920.

Betanzos.—Martín Barré. Idem id. á fin Diciembre 1920.

Enguera.—Federico Aparicio. Hecho traslado.

Puebla de Almoradiel.—Conf rm con su carta. Gracias.

Porrillo de Toledo.—Juan Gómez. Abonada su suscripción hasta fin Abril 1920.

San Sebastián.—Luis M. rauri. Tiene abonada la suscripción hasta fin Septiembre 1921.

Guadix.—José María Palenzuela. Renovada su suscripción hasta fin Diciembre 1920.

San Clodio.—Francisco Gómez Villarino. Idem id. hasta fin Diciembre 1920.

Villafranca del Bierzo. Federico Soto. Renovadas las tres suscripciones hasta fin Diciembre 1920.

Lugo.—Pablo Marrondo. Renova la suscripción hasta fin Marzo 1920.

Burriana.—Manuel Escuder. Recibido su Giro por la renovación de las suscripciones.

Chipiona.—Antonio Américo. Renovada su suscripción hasta fin Febrero 1921.

Barcelona.—Enrique P. rmany. Idem idem hasta fin Diciembre 1920.

Ceruela.—Fermín Navarro. Idem hasta fin Diciembre 1920.

Godall.—José Roda. Recibido su Giro de 20 pesetas. Conforme.

Chiclana.—Crescencio Gutiérrez. Abonada su suscripción hasta fin Junio 1920.

Los Santos.—Felix Luna. Conforme con su carta, tiene pagada la suscripción hasta fin Febrero 1920.

Barcelona.—Miguel Clavell. Abonada su suscripción via de doña María Farró hasta fin Diciembre 1920.

Santa Coloma de Farnés.—Pedro Verdager. Recibido el Giro de 12 pesetas y queda abonada su suscripción hasta fin Diciembre 1920. Gracias por su carta.

Berlanga.—Miguel Peregrino. Hecha la nueva suscripción y renovada la suya hasta fin Junio 1920.

Corrales.—Juan Pérez. Abonadas las tres suscripciones hasta fin Marzo 1920.

Barcelona.—Fabián Palasi. Queda renovada su suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Cádiz.—M. Fernández Martín. Idem idem fin Diciembre 1920.

Becite.—Fermín T. j. dor. Recibido Giro de 11'70 pesetas. Conforme.

Constantina.—Antonio Meléndez. Renovada su suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Armunia.—Mateo Barrientos. Abonada su suscripción hasta fin Septiembre 1918. Y se le remitió el libro.

Badajoz.—Antonio G. gori. Renovada su suscripción hasta fin Mayo 1921.

Fuñola.—M. celino Pasé. Recibidas las 32 pesetas. Y conformes.

Gallarta.—Viuda de José Vicario. Recibidas las 6'50 pesetas. Y conformes.

Villanueva de la Concepción.—Antonio Palomo. Renovada la suscripción hasta fin Marzo 1920.

Longares.—Arturo Gutiérrez. Idem á fin Marzo 1920.

Zafra.—Julian Victorique. Idem hasta fin Diciembre 1920.

Játiva.—Ricardo Aranda. Abonada su suscripción y la de don Arturo Pons hasta fin Junio 1919.

La Vid.—Hilario Martínez. Idem idem hasta fin Diciembre 1920.

Zaragoza.—Isidoro Benavides. Idem idem hasta fin Diciembre 1920. Gracias.

Valladolid.—Pedro Achirica. Abonada su suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Almazán.—Eduardo Gonzalo. Renovada suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Quintanar de la Orden. J. sé Roldán. Tien. pagada la suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Murcia.—Juan Abizanda. Conforme con su carta.

Algeciras.—José Trelles. Recibido su Giro y conforme.

Vegas del Condado.—Primitivo Valbuena. Renovada la suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Ecija.—Juan Martell. Idem idem á fin Diciembre 1920. Gracias.

Perelló.—José Torrallemé. Renovada su suscripción y la de don Tomás Brull hasta fin Diciembre 1920.

Málaga.—J. sé Alins. Idem id. hasta fin Diciembre 1920.

Laredo.—Eulalio Senosiain. Idem idem hasta fin Diciembre 1920.

Segorbe.—Juventud d. U. n. a. Republicana. Queda abonada su suscripción de los años 1917 y 19.

Ronda.—Francisco Martín Guerrero. Idem id. hasta fin Septiembre 1921.

Veinticinco sonetos políticos.

Veinticinco idem anticlericales

Otros veinticinco idem políticos.

La dictadura republicana

Anticlericalismo al por menor

Anticlericalismo al menudeo

JOSE NAKENS

15 CÉNTIMOS

Imp. Genérica, San Leonardo, 8.